

tenia que ir al departamento del Xaragua á recibir el tributo, aplazó para su vuelta la ejecucion de los dos caciques condenados á muerte:

Mientras él con los suyos se dirigia á los dominios de Anacaona, el infame Roldan, unido con los descontentos, fraguaba otra conspiracion, cuyo resultado podia ser el asesinato de Bartolomé.

mas apreciable para Bartolomé que el alabar y el
 que los vivos escaraban en la colina
 y con aquel motivo pudo sacar la impetuosidad de
 los españoles
 Bartolomé un emisario á la Isabela con la
 noticia de lo que le había pasado, y dio orden para
 que uno de las carabelas que estaban ancladas fuese
 por mar hacia la costa de Xaragua con el objeto de
 reportar el resultado de lo que se produjese de las
 tribus indígenas á las de las Vega.

Capítulo LXII.

Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.

Si cariñosa y afable habia sido la acogida que Anacaona y sus vasallos dispensaron á Bartolomé Colón cuando fué por la primera vez á los estados de Xaragua, no ménos afable y sincera fué la que en el segundo viaje halló en la ilustre reina.

Treinta y dos caciques inferiores aguardaban al adelantado.

Cada uno de ellos debia entregarle la parte de tributo que correspondia á los indios de su respectiva tribu.

El algodón que iban á ofrecerle ocupaba cinco ó seis chozas de las más grandes.

Además le ofrecieron gratuitamente todo el pan de cazabe que desearon, lo cual era entonces mucho

más apreciable para Bartolomé que el algodón y el oro, puesto que los víveres escaseaban en la colonia, y con aquel refuerzo pudo acallar la impaciencia de los estenuados españoles.

Envió Bartolomé un emisario á la Isabela con la noticia de lo que le habia pasado, y dió orden para que una de las carabelas que estaban ancladas fuese por mar hasta la costa de Xaragua, con el objeto de trasportar el algodón y los víveres, producto de los tributos impuestos á los indios de la Vega.

El tiempo que pasó mientras el mensajero llevó la orden y llegó la carabela, fueron los europeos objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

No sólo Anacaona, sino hasta los caciques inferiores quisieron obsequiarles, y continuamente asistían á banquetes, entreteniendo su aburrimiento con danzas y cantares.

Al fin llegó la carabela, que ancló á seis millas de la residencia de Anacaona y ésta dispuso que sus vasallos condujeran el algodón y los viveres hasta la playa.

Debia partir el adelantado con los españoles en la carabela, y Anacaona, para demostrarles su deferencia, quiso visitarlos.

Queriendo saludarla con los honores de reina, mandó Bartolomé disparar un cañonazo.

Era la primera vez que oía aquel estruendo la esposa de Caonabo.

A pesar de su entereza se impresionó tan viva-

mente, que cayó desmayada en los brazos de Bartolomé.

Mandó éste entonces á los escasos músicos que iban á bordo que ejecutasen algunas marchas, y no tardó en trocarse el miedo de los indios en sorpresa y deleite.

Al despedirse de Anacaona le hizo Bartolomé muchos regalos, despachó á la carabela y fué por tierra con algunos soldados á la Isabela.

Aquel viaje de Bartolomé fué muy provechoso para los asuntos de España.

Formó alianzas con los más poderosos caciques, y logró de ellos la promesa de pagarle tributo y adquirir viveres bastantes para formar almacenes y atender con más puntualidad á las necesidades de la colonia.

Con la alegría del éxito que alcanzaban sus negociaciones llegó hasta olvidarse del atentado cometido por los indios de la Vega, y de que dos caciques aguardaban su llegada para perecer en el cadalso.

Compasivo con los débiles, se habia calmado su indignacion, y llegó á la fortaleza en donde estaban los prisioneros muy dispuesto á perdonarlos su enorme crimen.

Sin embargo, creían los descontentos capitaneados por Roldan que perecerían en la hoguera por haber profanado las imágenes divinas, y deseosos de llevar á cabo su plan, mientras Bartolomé recogía el tributo de los habitantes del departamento de Xaragua, Roldan habló á los suyos, se cercioró de que

podía contar con ellos, y lo dispuso todo para tener una emboscada al adelantado en el momento en que asistiera á la ejecucion de los caciques, matarle, hacer sufrir la misma suerte á su hermano Diego, levantar la bandera de la insurreccion y fundar todos estos actos en su amor á la paz y prosperidad de la isla, en su deseo de salvar la honra y los intereses de los reyes de España.

La Providencia es justa.

Los conjurados convinieron en que cuando estuviere el pueblo reunido para presenciar la ejecucion armasen un tumulto los descontentos aprovechando la conmocion para acercarse á Bartolomé y clavar en su pecho un puñal.

Al efecto, sin el consentimiento de Diego, abandonaron los conjurados la colonia para acercarse á los alrededores del fuerte de la Concepcion, en donde debería levantarse el cadalso.

Pero Bartolomé perdonó á los caciques, conmutándoles el suplicio por el pago de un crecido tributo y la conjuracion abortó.

Desesperados con aquella contrariedad los secuaces de Roldan, volvieron precipitadamente á la Isabela á participarle lo que pasaba.

No era Roldan hombre capaz de desistir por aquella contrariedad de su empeño.

Necesitaba un pretexto, y lo halló.

La carabela que por orden del adelantado habia ido á la costa de Xaragua para trasladar á la Isabela el tributo de los habitantes de aquellos estados, llegó

al puerto de la colonia, y Diego, con arreglo á las instrucciones que tenia, mandó que el cargamento se trasladase á tierra y que se que lasa en la playa la carabela.

Esta resolucion demostraba plenamente que tenían que renunciar los colonos á su esperanza.

Desesperados al ver que no tenían embarcaciones para trasladarse á España, habian acallado sus quejas desde el momento en que se empezaron á construir los dos buques por orden del adelantado.

Pero cuando vieron que el que estaba concluido carecia de la arboladura necesaria para emprender un largo viaje á través del Océano; cuando le vieron en la playa, su desesperacion creció de punto.

Roldan fomentó aquel malestar por todos los medios que estuvieron á su alcance.

—¿Veis cómo se confirman mis sospechas? —dijo á los descontentos. —¿Veis cómo he adivinado los planes de los hermanos de Colon? Mientras nosotros no escarmentemos, seremos sus esclavos. Hoy se oponen á que la carabela vaya á la corte de España á dar noticia á los reyes de nuestro misero estado, porque temen que lleve la nueva de su tiránica conducta, porque saben que cuando conozcan los soberanos nuestros padecimientos, nuestros apuros, les exigirán la responsabilidad, parlerán todo su privilegio y quedarán completamente arruinados.

—Pues no tiene maldita la gracia que seamos sus víctimas.

—Eso es lo que yo digo.

—Algun medio habrá de obligarles á que satisfagan nuestros justos deseos.

—Dos hay, uno que debemos emplear por más que parezca estéril, la súplica; otro que será sin duda alguna eficaz, la rebelion.

—Pues acudamos á uno y otro.

—En mi concepto, lo que procede es que vayais á ver á don Diego para pedirle que bote al agua la carabela, y que la envíe á España con los enfermos, pidiéndole los auxilios que necesiteis.

—No aceptará.

—Eso es lo que podemos desear. Entonces, como vemos mejor que ellos el peligro que nos amenaza, como tenemos la obligacion de salvar los intereses de nuestros reyes, yo seré el primero que levanta la bandera de la rebelion, yo seré el primero que me oponga á sus desatentados proyectos; y si me seguís todos, como espero, si logramos imponerle nuestra voluntad, cesarán los desórdenes, cesarán los apuros, y cuando ellos caigan en el abismo que han abierto á sus piés con el orgullo que les domina, nosotros, habiendo salvado los intereses de España, podremos presentarnos ante los reyes á recibir el premio á que seremos merecedores.

—Sí, sí; eso debe hacerse.

—¿Podré contar con vosotros?

—Hasta la muerte.

—Pues en ese caso, id uncs cuantos en comision á hablar á don Diego.

—Guíanos tú.

—Ya sabeis que existen entre los dos grandes enemistades.

—No importa, tú eres nuestro jefe, natural es que nos acompañes.

—Por mi parte no me niego.

—Pues en marcha.

—En marcha.

Y Roldan, seguido de algunos de los más atrevidos y descontentos colonos, se dirigió al almirantazgo y pidió una entrevista al que hacia allí las veces del almirante y del adelantado.